

ARTIKULOA

2.000 AÑOS DE ERRORES DE LA IGLESIA

Darwin, perdónalos

Juan Pablo II entona un nuevo «mea culpa» y rehabilita al teórico de las especies



El italiano Galileo y el médico español Servet (abajo) fueron condenados por la Iglesia.



pensaban sus primitivos dueños. Innocencio IV autorizó, en 1252, la utilización de las torturas por parte de la Inquisición para hacer confesar a los culpables.

A lo largo de toda su historia, la Iglesia excomulgó a todos los «herejes», desde los arrianos a los

el año 1600. Girolamo Savonarola, dominico italiano, crítico implacable del lujo del Papado, fue ejecutado en la hoguera en 1498, a los 46 años. La misma suerte corrió el sacerdote checo Jan Hus, al que condenó el Concilio de Constanza a ser quemado vivo por fundar un

monofisitas: millares de herejías fueron eliminadas a sangre y fuego. Más tarde, vendrían las guerras de religión propiamente dichas, provocadas por las nuevas herejías (los cátaros) y por los grandes cismas. «¡Ja, olvidar las Cruzadas contra el Islam o la milenaria persecución de los judíos, el llamado pueblo «deicida».

La Iglesia bendijo o silenció «la trata de esclavos» y condenó a la hoguera a herejes y científicos (como el médico español Miguel Servet), e, incluso, sistemas filosóficos que no encajaban en sus esquemas. Por ejemplo, Pio IX condenó en 1864 en el *Syllabus* una lista de 80 proposiciones, a las que tachó de «modernistas».

El Papado intentó meter en cintura a la fuerza a los protestantes, primero a través del Rey Muy Católico Felipe II, y después a través de su Muy Cristiana Majestad Luis XIV. Al no conseguirlo, excomulgó el 3 de enero de 1521 al Gran Reformador, Martín Lutero.

Por su parte, Pedro Valdo, un rico comerciante de Lion, iniciador de un movimiento de retorno a la pobreza evangélica, fue excomulgado en el 1184 por el Papa Lucio III.

El fraile dominico Giordano Bruno fue quemado vivo en el Campo de las Flores de Roma por disposición pontificia en el año 1600. Girolamo Savonarola, dominico italiano, crítico implacable del lujo del Papado, fue ejecutado en la hoguera en 1498, a los 46 años. La misma suerte corrió el sacerdote checo Jan Hus, al que condenó el Concilio de Constanza a ser quemado vivo por fundar un

movimiento en el que criticaba la corrupción del Papa y del clero.

Más cerca de nosotros, el abad Antonio Rosmini sufrió las iras del Santo Oficio por uno de sus libros, titulado *Las plagas de la Iglesia*, y su obra acabó en el célebre *Index*, el lugar donde se proscribieron durante siglos las obras de numerosos autores católicos y no católicos.

Numerosos teólogos, así como sus tesis, fueron condenados a lo largo de la historia.

Por ejemplo, Teilhard de Chardin, el sacerdote francés, cuyas teorías inspiradas en el evolucionismo fueron condenadas junto a todo el movimiento modernista a comienzos de este siglo. En los últimos tiempos, a los teólogos «discolos» se les reduce al silencio y se les retira el permiso para poder enseñar. Son de sobra conocidos los casos del brasileño Leonardo Boff, de los alemanes Hans Küng o Eugen Drewermann, del estadounidense Charles Curran o de los españoles Juan José Castillo y Benjamin Forcano.

Lavar la conciencia

El actual Papa parece haber reflexionado. «Sólo el valiente reconocimiento de las culpas y de las omisiones de las que los cristianos han sido, en alguna forma, responsables, podrá dar un eficaz impulso a la nueva evangelización», afirmó Wojtyla ante los 114 atónitos cardenales de todo el mundo, reunidos en un Consistorio extraordinario celebrado en junio de 1994. Juan Pablo II quería de ese modo preparar a la Iglesia para iniciar el tercer milenio «confesada» ante sus fieles y con la conciencia limpia.

Entonces, el pleno cardenalicio le respondió con un «no es eso, no es eso». Para los cardenales, la revisión histórica debería centrarse, a lo sumo, en la época contemporánea. Para ellos, remover las aguas de la historia podría «enturbiar y empañar la imagen de la Iglesia» de Roma.

Oído el Consistorio, que es un órgano puramente consultivo, Juan Pablo II se mantuvo en sus trece. A su juicio, el reconocimiento de los fallos de la Iglesia «no dañará el prestigio moral de la misma, sino que, al revés, se verá reforzado al tener el coraje de reconocer los errores cometidos».

Juan Pablo II tiene un sueño, que él interpreta en clave de mandato divino: celebrar el tercer milenio en el Sinaí, como un nuevo Moisés, rezando junto a los musulmanes y los israelitas. Y está dispuesto a coronar el monte cubierto de saco y ceniza. Como los pecadores de la Biblia. Tras haber pedido perdón a todos y por todo. El miércoles pasado, a Charles Darwin.

D JOSE MANUEL VIDAL
arwin nunca escribió, en su célebre obra *El origen de las especies* (1859), que el hombre venía del mono. A lo más que llegó fue a afirmar: «también se deberá hacer la luz sobre el origen del hombre y su historia», lo que bastó para que sus coetáneos, en opinión unánime, coligieran que había dicho que el hombre descendía del mono. Algo que no podía admitir la Iglesia Católica, para la que el darwinismo no era «sino la quimera de un ateo blasfemo».

La teoría de Charles Darwin, un zoólogo por pura afición, fue discutida en 1860 en el museo de la Universidad de Oxford ante los principales eruditos de Inglaterra. La intentó rebatir, desde la Iglesia, el obispo Samuel Wilberforce, pero el prelado vio sucumbir sus virulentos ataques ante la exposición sosegada del eminente zoólogo Thomas Henry Huxley.

El darwinismo salió triunfante en la Universidad pero fue, automáticamente, condenado por la Iglesia. Tajantemente, al menos, hasta el pontificado de Pio XII.

Ha tenido que transcurrir más de un siglo y cuarto (136 años exactamente) para que el representante de Dios en la Tierra entonara el *mea culpa*. El pasado miércoles, Juan Pablo II rehabilitó a Charles Darwin y reconoció que la teoría de la evolución «es más que una hipótesis».

Autocrítica

Woytyla no es, sin embargo, el primer papa «rehabilitador». Hace siglo y medio, Pio IX, elegido en 1848, fue aclamado por los romanos como el «Papa perdonador» tras firmar una amnistía para los encarcelados, incluidos los presos políticos.

Eso sí, Juan Pablo II ha llevado su «autocrítica» hasta proponer al pleno cardenalicio pedir perdón por los errores cometidos por «dos tribunales de la Inquisición», las «guerras de religión», las «violaciones de los derechos humanos» o por la negación de la ciencia. Pretende congraciarse con la sociedad y con las demás religiones del planeta.

Tras un profundo «examen de

conciencia», quiere purgar los pecados que el Vaticano haya podido cometer en sus dos mil años de existencia.

No le faltarán ocasiones a Su Santidad para pedir perdón, porque la historia de la Iglesia está llena de pecadillos y pecados, fundamentalmente en tres ámbitos: pecados contra la vida (cruzadas, guerras santas, autos de fe y hogueras); pecados contra la conciencia, lo más íntimo del ser humano, al impedir la libertad religiosa, y pecados contra las ideas, el cercenar la libertad de expresión y perseguir con profunda intolerancia las tesis ajenas.

Sin pretender hacer un elenco exhaustivo de todo ello, es evidente, por ejemplo, que se equivocó el Papa Urbano VIII, al condenar a Galileo. Su error fue enmendado por Juan Pablo II el 31 de octubre de 1992, cuando rehabilitó la figura del científico italiano, 359 años después de su condena. Pero los pecados de la Iglesia comenzaron mucho antes.

Los historiadores sostienen que los primeros perseguidos fueron los «judaizantes» del partido de Santiago en Jerusalén, a los que estigmatizó el mismísimo Pablo de Tarso. Luego, convertida ya por Constantino en la religión oficial del Imperio, la Iglesia eliminó a los paganos de toda índole y a todos sus dioses. En el año 565, los cristianos obtuvieron de Justiniano que sólo los bautizados pudiesen gozar de la ciudadanía romana, única garantía en aquellos tiempos de un relativo respeto a los derechos humanos.

El Papa León III coronó a Carlomagno emperador de los romanos, sin preocuparse de que hubiera ya un titular legítimo en Bizancio, y Alejandro VI repartió en una bula el continente americano entre los soberanos de España y Portugal, sin preocuparse por saber qué



Darwin ha sido caricaturizado como el eslabón perdido en el paso del mono al hombre.